

LA AGRESIÓN A LA FLOTA FRANCESA EN MERS-EL-KEBIR

José Luis INFIESTA PÉREZ
Historiador

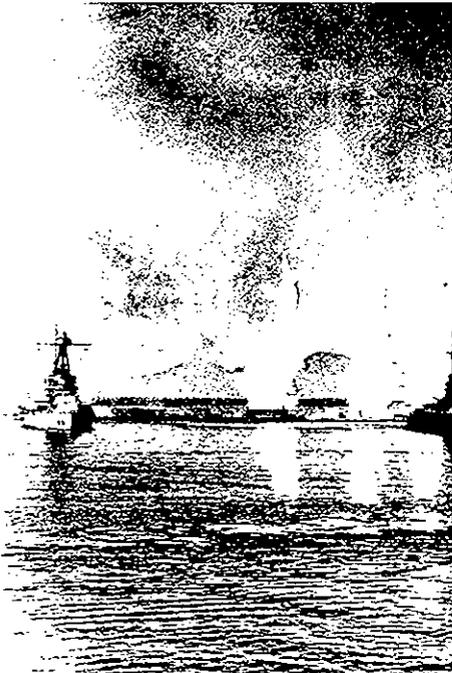
El 23 de junio de 1940 se firmaba en Compiègne el Armisticio franco-germano, y en Roma, dos días después, el franco-italiano. Francia, derrotada, se había visto obligada a pedir la paz. Pero salirse del conflicto europeo no era cuestión fácil pues, además de las condiciones que pudieran poner los vencedores, había que contar con la reacción de Gran Bretaña, hasta unas pocas horas antes su compañera de lucha. Las exigencias impuestas por Alemania fueron principalmente la ocupación de todo el litoral atlántico francés hasta la frontera española del Bidasoa, con todas sus bases navales, lo que le era imprescindible para proseguir su lucha contra Inglaterra. Italia no obtenía casi nada. En cuanto a la Flota francesa, los vencedores se contentaban con desarmarla y que quedase neutralizada, tal como se especificaba en el artículo 8.º del armisticio, análogo al número 12 del suscrito con Italia: «La Flota de guerra francesa, con excepción de la parte que se deja a la disposición del Gobierno francés para la salvaguardia de su imperio colonial, será reunida en puertos a determinar y desarmada bajo la inspección de Alemania y de Italia. La elección de estos puertos se hará de acuerdo con los que sirven de apostadero a dichos buques en tiempo de paz. El Gobierno alemán declara solemnemente al Gobierno francés que no tiene intención de utilizar durante la guerra, para sus propios fines, a la Flota de guerra francesa estacionada en los puertos bajo inspección alemana, salvo las unidades necesarias para la vigilancia de costas y para el dragado de minas. Declara además, formal y solemnemente, que no tiene intención de formular reivindicaciones respecto a la flota francesa en el momento en que se concluya el tratado de paz».

Sin embargo, dada la mala fama de no respetar los tratados que tenía Hitler, era bastante natural que los ingleses dudaran de sus promesas.

En el Mediterráneo, Inglaterra quedaba en una difícil situación, dominando sólo sus dos entradas —Gibraltar y Alejandría— con Malta aislada en su centro. A pesar de ello no renunció a seguir combatiendo en este teatro, debido al empeño y buen concepto estratégico de Winston Churchill (que había pasado a presidir el Gobierno inglés), del almirante Andrew Cunningham y del primer lord de Mar, sir Dudley Pound, decisión que puede considerarse como una de las más trascendentales de la guerra.

La Flota francesa

La Marina francesa era muy poderosa, compartiendo con Italia el cuarto puesto entre las flotas mundiales. Casi todos sus barcos principales habían ido abandonando los puertos de la metrópoli y se hallaban en los del norte de



Las primeras salvas quedaron cortas, luego largas, pero enseguida fueron encuadrados los barcos franceses. El ataque inglés duró algo más de quince minutos. En esta fotografía, el *Strasbourg* ya ha dado la vuelta y presenta su proa a los atacantes.

África. Disponía de seis barcos acorazados antiguos, de los cuales los de la clase Coubert, provistos de piezas de 305 mm, se encontraban en los puertos ingleses de Portsmouth y Plymouth, junto con algunos barcos menores. De los tres de la clase Bretagne, armados con piezas de 340 mm —que habían sido sometidos a amplias modernizaciones entre 1932 y 1935—, el *Bretagne* y el *Provence* estaban anclados en Mers-el-Kebir (Mazalquivir), donde también estaban fondeados los modernos cruceros de batalla *Dunkerque* y *Strasbourg* con ocho piezas de 330 mm, seis destructores —*Volta*, *Mogador*, *Terrible*, *Lynx*, *Tigre* y *Kersaint*—, el transporte de aviación *Comandant Testé* y algunos torpederos y submarinos, al mando del almirante Gensoult. El tercero de estos acorazados modernizados, el *Lorraine*, estaba en Alejandría, junto a varios cruceros, al mando del almirante Godfrey. A Dakar había llegado el gran acorazado *Richelieu*, la más poderosa unidad francesa, en tanto que su gemelo —desprovisto de parte de su

artillería, pues se estaba completando en Saint-Nazaire— se había hecho a la mar para llegar a Casablanca el 22 de junio. Finalmente, en la Martinica se encontraba el portaaviones *Bearn* y alguna unidad ligera.

En virtud de una de las cláusulas del citado armisticio, todos estos barcos debían regresar a sus fondeaderos habituales desde los puertos adonde se habían ido trasladando, cosa que no hicieron, circunstancia sobre la que no protestó demasiado Alemania, dispuesta a no poner dificultades a la consecución del armisticio. Todos ellos se encontraban en vías de desmovilización, con tripulaciones reducidas, sus máquinas apagadas o sin presión en las calderas, algunos desprovistos de combustible, con muchas de las piezas artilleras sin sus culatas, faltos de municiones o escasamente dotados de ellas, sin cabezas de combate los torpedos, desarmada la artillería de costa y vacíos de gasolina los depósitos de sus aviones que estaban aparcados en los campos cercanos. Tal situación los hacía, a pesar de su indudable poderío, fácilmente vulnerables, con la seguridad de ser destruidos si cualquier fuerza se decidía a atacarlos.

La agresión inglesa

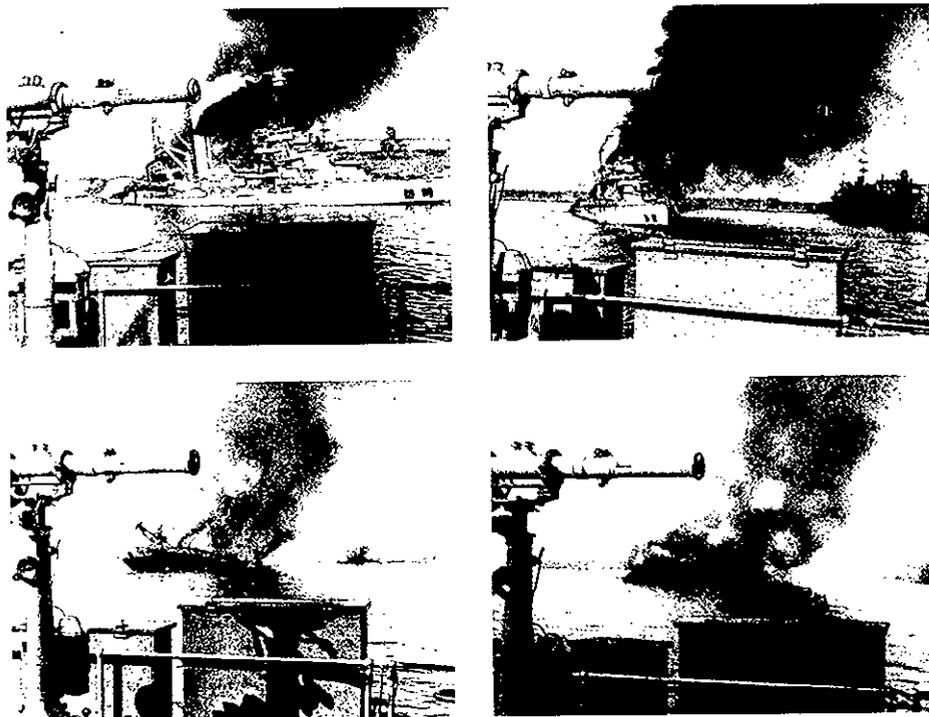
Firmado el armisticio, los ingleses sintieron el temor de que los franceses entregaran su flota a las potencias del Eje, lo que seguramente hubiera representado tener que renunciar a todo tráfico por el Mediterráneo, que se convertiría en un lago del Eje. Aunque Churchill y el almirante francés Darlan —jefe de la Flota francesa— no estaban en las mejores relaciones, durante el penúltimo viaje a Francia del primero de ellos se habían entrevistado en el castillo de Mugue, donde el premier británico recibió la formal promesa de que los barcos franceses jamás serían entregados a los alemanes. Como los barcos franceses estaban absolutamente controlados por sus marinos, no cabía dudar de la palabra del almirante francés, lo que queda bien probado por el hecho de que había ordenado a todos los barcos que creasen grupos de sabotaje a bordo, encargados de su autohundimiento si se presentaba el menor peligro de que cayeran en manos de Alemania o Italia.

Pero Churchill era un hombre desconfiado por naturaleza y además estaba obligado a serlo. Tenía el convencimiento de que podía ser decisivo para el curso de la guerra que la escuadra francesa pudiera caer en manos de sus enemigos si, por cualquier circunstancia, los marinos franceses no podían cumplir su promesa, idea que había recalado en uno de sus discursos, lo que naturalmente sentó muy mal a éstos. Finalmente decidió pedir a su Gobierno la autorización necesaria para neutralizar como fuera a la flota francesa, autorización que le fue concedida tras una dramática reunión con los miembros de su Gabinete de Guerra.

Existía el precedente de cuando, el 2 de abril de 1801, se había atacado y destruido a la flota danesa fondeada en Copenhague, a pesar de estar en paz con dicha nación, ante la sospecha de que pudiera unirse a una serie de potencias coaligadas contra Inglaterra. Este ataque fue realizado por una escuadra inglesa mandada por sir Hyde Parker, cuyo segundo, Horacio Nelson, fue quien lo dirigió, quedando en la historia naval la palabra «copenhaguear» para adjetivar el ataque a la flota de una nación con la que se está en paz. Pero había otros muchos precedentes de similares ataques ingleses en similares circunstancias y la Marina española podría citar más de uno.

«Ahora —escribe Churchill en su *Diario*— la decisión adoptada aún resultaba peor, porque los franceses habían sido hasta el día anterior aliados queridísimos de Inglaterra y nuestra simpatía y conmiseración por los desastres de Francia era sincera. Pero también estaba en juego la vida de nuestro estado y la salvación de nuestra causa. Era un caso de tragedia griega... La inutilización de la escuadra francesa constituía en todo caso un acto necesario para la supervivencia de la Gran Bretaña, con todo lo que de ello dependía. Recordé las palabras de Danton en 1793: “Los reyes coaligados nos amenazan y nosotros lanzaremos a sus pies, como arras de guerra, la cabeza de un rey”. Todo se desarrolló de acuerdo con este orden de ideas.»

Hay que reconocer que la situación en aquellos momentos era mucho más peligrosa que cuando en 1801 se decidió destruir la escuadra danesa.



Secuencia de cuatro fotografías de la agonía del *Bretagne*, tomadas desde el transporte de aviación *Comandant Testé*.

Para ejecutar tal operación se preparó la llamada «Operación Catapulta», concentrándose en Gibraltar la «Fuerza H» compuesta por el gran crucero de batalla *Hood* —en aquella época el mayor buque de guerra del mundo—, los acorazados *Valiant* y *Resolution* y el mejor de sus portaaviones, el *Ark Royal*, así como los cruceros *Arethusa*, *Enterprise* y *Delhi* y 19 destructores, bajo el mando del almirante James Somerville, quien recibió instrucciones de «copenhaguear» a los barcos franceses. Se iba a realizar pues una acción contraria a los más elementales principios del derecho internacional, un hecho tan inaceptable como cualquiera de los realizados por las potencias totalitarias, lo que, sin embargo, siempre se ha disculpado ya que la beneficiaria era Gran Bretaña.

Mers-el-Kebir

La «Fuerza H» se presentó ante Mers-el-Kebir el 3 de julio muy de madrugada. A las 7 de la mañana se acercó a la boca del puerto el destructor *Foxhound*, del que transbordó a una motora el capitán inglés Holland y solicitó ser recibido por el almirante francés, que izaba su insignia en el *Dunkerque*. La situación de



El *Strasbourg*, disparando los pocos proyectiles de que disponía, logró burlar a los barcos británicos y alcanzó Tolón.

este capitán era realmente difícil, pues hasta pocos días antes había sido el agregado naval cerca de la Flota francesa, donde tenía muchos amigos. El ultimátum que presentó, firmado por Somerville y cuidadosamente redactado por el Gobierno en Londres, preveía todas las contingencias posibles y decía lo siguiente:

«Es imposible para nosotros, camaradas de ustedes hasta ahora, permitir que los espléndidos barcos franceses caigan en poder de los enemigos, sean alemanes o italianos. Estamos determinados a luchar hasta el fin y si vencemos, como vamos a vencer, nunca olvidaremos que Francia fue nuestra aliada, que nuestros intereses son los mismos que los suyos y que nuestro enemigo común es Alemania. Si triunfamos declaramos solemnemente que restableceremos la grandeza y territorios de Francia. A estos efectos tenemos que impedir que los mejores buques de la escuadra francesa sean usados contra nosotros por el enemigo común.

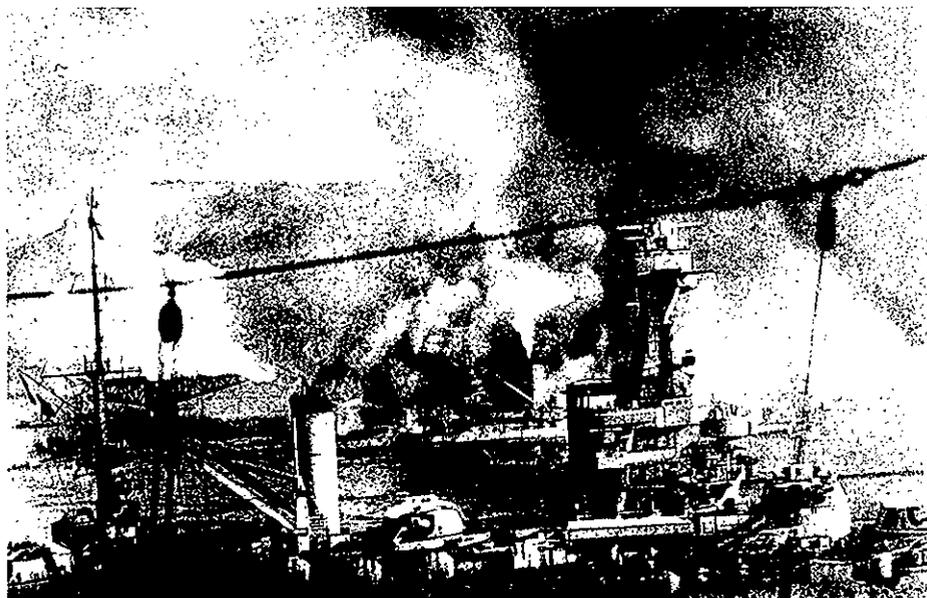
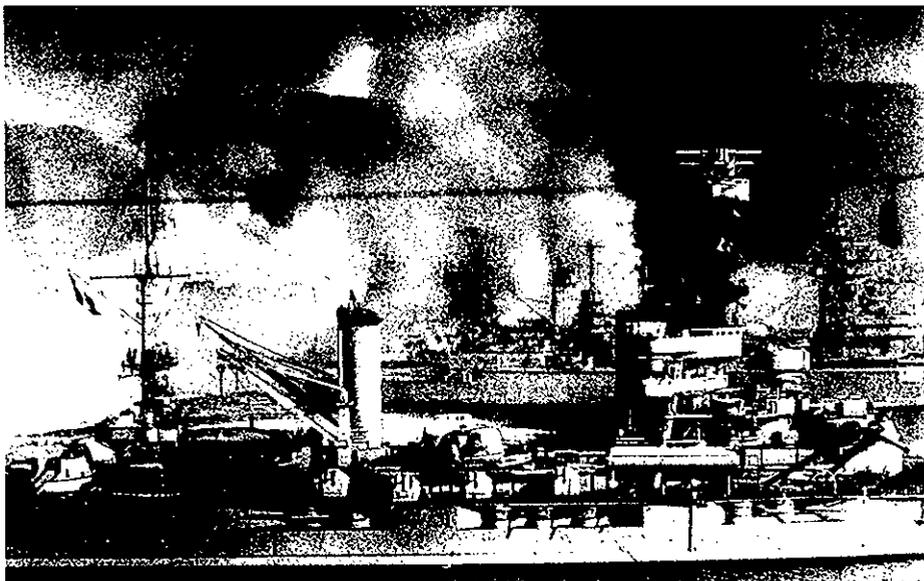
Dadas tales circunstancias el Gobierno de Su Majestad me ha ordenado que pida a la Flota francesa, surta al presente en Mers-el-Kebir y Orán, que obre de acuerdo con una de las siguientes propuestas:

a) Zarpas, unirse a nosotros y continuar peleando para lograr la victoria sobre alemanes e italianos.

b) Reducir sus tripulaciones y, con los marinos que queden, navegar bajo nuestra fiscalización hasta un puerto británico. Dichas tripulaciones reducidas serán repatriadas lo antes posible.

Si acepta usted una de estas propuestas, al terminar la guerra devolveremos a Francia sus buques o abonaremos la oportuna indemnización si hubieran sufrido daños

c) Si se considera usted obligado a garantizar que sus buques no serán usados contra italianos o alemanes a menos que éstos quebranten el Armisti-



En estas dos fotografías se aprecia el acorazado *Bretagne*. En la primera a su izquierda está el *Strasbourg*, que en la segunda ya ha zarpado permitiendo ver al fondo el *Provence*.

cio, procederá a hacerles navegar llevando tripulaciones reducidas, hasta algún puerto francés de las Indias Occidentales —como por ejemplo la Martinica—, donde las unidades serán desmilitarizadas a nuestra satisfac-

ción. También podrían confiarse a los Estados Unidos, donde permanecerían en seguridad hasta el fin de la guerra. En este caso se repatriarían las tripulaciones.

Si ustedes se niegan a aceptar estas razonables propuestas yo, deplorándolo mucho, me veré obligado a pedirle que hunda usted sus barcos en el término de seis horas.

Finalmente y si lo últimamente mencionado no se cumpliera, el Gobierno de Su Majestad me ha dado órdenes de que use la fuerza que sea necesaria para impedir que los buques de usted caigan en manos de italianos o alemanes».

Dándose cuenta de la triste y difícil comisión que encargaba al almirante Somerville, el día 2 Churchill dispuso que el Almirantazgo le enviase el siguiente mensaje:

«Se le confía a usted una de las más ingratas y difíciles tareas que jamás se ha visto enfrentado a asumir un almirante británico, pero tenemos entera confianza en usted y esperamos que la lleve a término sin dilación».

Estas instrucciones del Gobierno británico no podían ser aceptadas por los marinos franceses, pues su Gobierno había firmado un armisticio que ellos debían obedecer y, además, porque representaba dudar de su ya dada palabra de honor de que sus barcos no caerían en manos de las potencias del Eje. Por ello, tras comunicar la situación a su Gobierno, recibieron la orden de defenderse en la medida de sus fuerzas.

Tomada esta decisión, lo primero que hicieron fue activar el fuego de las calderas para que sus barcos pudieran moverse, puesto que sus dos unidades más importantes —los cruceros de batalla *Dunkerque* y *Strasbourg*— estaban fondeadas de tal manera que quedaban prácticamente indefensas, al no poder emplear su artillería principal, situada toda ella en la proa. Tal cambio de posición pudo lograrse, según se aprecia en las fotografías, al menos en el caso de *Strasbourg*.

Mientras tanto el almirante Darlan ordenó a todas las unidades francesas que se encontraban en el Mediterráneo ir en defensa de Mers-el-Kebir, mensaje que no fue radiado en clave con el deliberado propósito de que fuera captado por Somerville.

A las 16,56 horas los barcos ingleses, ocultos tras una cortina de humo —precaución seguramente innecesaria—, iniciaron el bombardeo del puerto y de los barcos galos, e inmediatamente la señal de abrir fuego subió al mastil del *Dunkerque*. Era la primera vez, desde 1815, que barcos franceses combatían contra barcos ingleses.

La fuerza británica era enormemente superior por la situación de desmilitarización en que se encontraban los franceses. «No fue una batalla sino una ejecución» se apresura a escribir en su libro el contraalmirante francés R. de Belot. En condiciones normales, los cuatro acorazados franceses sumaban 36 piezas de 340 y 330 mm, contra 24 de los tres británicos, por lo que hubie-



En uno de sus viajes a Francia, mientras ya se estudiaba el armisticio, Churchill obtuvo del almirante Darlan la promesa de que en ningún caso los barcos de la Flota francesa caerían en manos de los alemanes.

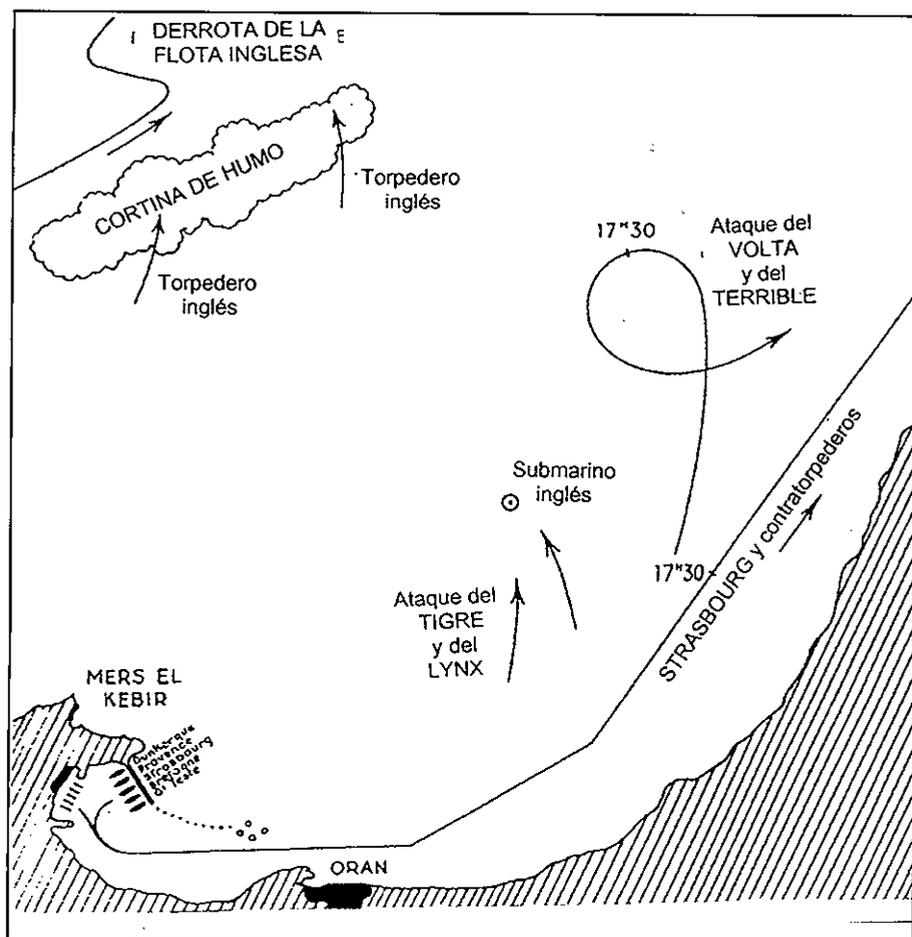
alcanzado el *Provence*, que quedó semiembarrancado en la costa. El *Strasbourg* (capitán de navío Collins), en medio de los piques que lo encuadraban peligrosamente, pudo dejar su fondeadero y, apoyado por dos destructores, salir al mar abierto, siendo violentamente atacado sin éxito por los aviones enemigos.

Algunos aviones franceses lograron despegar de un aeródromo cercano para atacar a los aviones ingleses y fuentes oficiales francesas afirman que lograron abatir a tres de ellos (cinco estiman distintos autores). Uno de sus grandes hidroaviones consiguió derribar a otro y, según se dice, el *Hood* y dos destructores agresores fueron también levemente alcanzados. Este bombardeo francés sólo duró unos 15 minutos

Ya en el mar, el *Strasbourg*, capaz de alcanzar los 30 nudos, acompañado por los destructores *Volta* y *Terrible*, burlaron a los barcos ingleses y llegaron a Tolón. El *Hood*, buque también muy rápido (31 nudos conforme los anuarios) debía haber intentado la persecución del barco francés, pues cabía suponer que, irritados por la agresión sufrida, sus oficiales podían tener la tentación de entregarse a la Marina alemana. También escaparon cuatro submarinos franceses.

ran podido presentar batalla de no encontrarse en la situación en que se hallaban; igual sucedía con sus piezas de costa.

La primera salva inglesa cayó en el fuerte de Mers-el-Kebir. La segunda, a la altura del dique, empezando a explotar las siguientes junto a los barcos fondeados, observadas y corregidas por los aviones que a tal fin había puesto en el aire el portaaviones inglés. Pocos minutos después, el acorazado *Bretagne*, que no podía contestar por falta de munición, fue encuadrado y repetidamente alcanzado: se vio un incendio en su popa y, tras grandes explosiones, dio la vuelta y se hundió; murieron los 27 oficiales y 940 marineros que estaban a bordo. Mientras tanto los cruceros de batalla empezaron a contestar a los ingleses con las pocas municiones que tenían, a lo que se añadió la dificultad de que sus oponentes se habían situado detrás de la península que cierra la bahía por el sur. No tardó mucho en ser



Plano del ataque inglés a Mers-el-Kebir.

Dos días más tarde, en el cementerio de Mers-el-Kebir, el almirante Gensoult presidió el entierro de los marinos franceses muertos, dirigiendo una alocución a sus hombres que terminó así:

«Habíais prometido obedecer a vuestros jefes en todo lo que os mandaran por el honor del pabellón y la gloria de las armas de Francia. Si hoy hay alguna mancha en un pabellón, no es ciertamente en el nuestro».

Luego, la marinería presente desfiló ante los féretros de sus camaradas, caídos por el fuego de los que unos días antes habían sido sus compañeros.

La «Fuerza H» repitió su ataque a Mers-el-Kebir el día 6, al considerar que el *Dunkerque* estaba insuficientemente averiado, ataque realizado mediante tres



«Si hay alguna mancha en un pabellón, no es ciertamente en el nuestro». Palabras del almirante Gensoult en el cementerio de Mers-el-Kebir, durante el entierro de los marinos franceses muertos.

escuadrillas de aviones torpederos del *Ark Royal*, que lo alcanzaron dejándolo incapaz de navegar. Otro de los hundidos fue el superdestructor *Mogador*, de 3.000 toneladas.

En total, la acción de los barcos ingleses para librar de preocupaciones a su gobierno costó 1.297 marinos franceses muertos y cerca de 500 heridos.

«Ahora, los miembros del Gabinete de Guerra inglés ya podían darse por satisfechos —escribe Carlos Fabiani en uno de sus libros—. Ya disponían de un hecho consumado para convencer al asombrado mundo de su voluntad de resistir. La prensa de todo el mundo y especialmente la norteamericana, se encargaría de airear la acción de Mers-el-Kebir, presentando a los ingleses como víctimas de unas circunstancias, ante las que no habían podido elegir otro camino; sin embargo, creo sinceramente que la voluntad inglesa de resistir se podría haber demostrado por otros medios menos sangrientos y más honorables.»

¿Y los demás barcos franceses?

La Marina francesa dejó momentáneamente de existir. Sus unidades situadas en América acabaron por ser neutralizadas por la Marina norteamericana. Las que se encontraban en Alejandría, al mando del almirante Godfrey (el acorazado *Lorraine* y los cruceros *Duquesne* —buque insignia— *Souffren*,

Tourville, *Duguay-Trouin* y los destructores *Fortune*, *Forbín* y *Basque*, así como el submarino *Proté*, fueron reducidos y desmilitarizados tras una serie de negociaciones con el almirante Cunningham. El portaaviones *Bearn* y dos cruceros ligeros, fondeados en las Indias Occidentales francesas, quedaron inmovilizados después de un acuerdo con Estados Unidos. En Dakar, el gran acorazado *Richelieu* (con los cruceros *George Lwynés* y *Montcalm*, y los destructores *Le Fantasque*, *Le Malin* y *Le Hardy*) fue gravemente averiado por una carga explosiva que colocó en su casco una patrulla inglesa procedente del portaaviones *Hermes* y, posteriormente, tras la «Operación Amenaza», definitivamente neutralizado; aunque en esta operación los atacantes también sufrieron sensibles pérdidas.

El peligro que para Inglaterra representaban estos barcos franceses dejó de existir. Unas horas más tarde Churchill hacía en la Cámara un extenso relato de los acontecimientos, leyendo a continuación una nota en la que expresaba la decisión del Gobierno de proseguir su lucha, exhortando a la firmeza y resolución a todo el personal al servicio del país.

«Mientras leía este documento —recuerda el “premier” inglés— la Cámara guardó un profundo silencio. Pero cuando concluí ocurrió algo que, con toda mi experiencia, fue nuevo para mí. Todos se incorporaron de repente, lanzando vítores durante un rato que me pareció muy prolongado. Hasta entonces el Partido Conservador me había tratado siempre con cierta reserva y de los bancos laboristas partían siempre las aclamaciones cuando yo hablaba en la Cámara. Pero a la sazón todos se unieron solemne y estentóreamente. Ver desaparecer a la Flota francesa como factor operante —y el que ello se lograra casi de un solo golpe y por medio de una acción violenta— produjo honda impresión en todos los países, porque nuestra Gran Bretaña, que muchos daban por humillada y fuera de combate, nuestra Gran Bretaña, a la que suponían la próxima a rendirse ante el tremendo poder contra ella alineado, volvía a la carga y, atacando rudamente a sus buenos aliados de ayer, se aseguraba, al menos por algún tiempo, un indisputado dominio de los mares. Era obvio que el Gabinete de Guerra británico no temía nada y ante nada se pararía. Y así sucedía en realidad.»